



Ya no los vi más

por Lillian Bertot

Salimos de noche mi marido y yo y nos llevamos al niño con nosotros. Su padre me había autorizado, ya que él sabía que en este país el muchacho no tenía futuro. Su madre llamó a unos parientes que tienen en Miami para decirles que ya habíamos salido. Nos despedimos una hora antes de zarpar.

Lo veía aún en la orilla despidiéndose de nosotros. Cuantos años aguantándole zoquetadas y golpes. Era un animal, pero no vio nada mal que nos fuéramos, a veces pienso que se sintió aliviado. Una boca menos que alimentar, me refiero al niño, porque él y yo ya habíamos terminado, y yo ya hacia dos años que vivía con Alberto.

Este era diferente, me trataba bien era trabajador y todo lo que se robaba en el centro de trabajo me lo traía para la casa. No era como el marido de mi hermana que se lo llevaba a la piruja de querida que tenía y se lo quitaba a los hijos.

Yo, entre el muchacho, que siempre tenía hambre, y la buscadera de comida no pensaba ni en la escuela. Me fui del trabajo cuando parí al niño. O se lo daba a la vieja venenosa de madre que tenía el padre, o lo ponía en el círculo con Dios sabe qué gente, o lo criaba yo. Nada, que nosotras las mujeres no podemos quitarnos a los muchachos de encima.

Tanta campaña de alfabetización, recibirme de maestra de pre-escolares, todo para acabar metida en la casa con el muchacho y esperando que Alberto resolviera, porque en este país donde ya no hay nada, ni luz, ni agua para el aseo, ni jabón, ni comida, ni nada, lo único que uno puede hacer es resolver. Por eso decidimos salir de este infierno.

¿Qué me iba a imaginar yo que nos iba a pasar lo que nos pasó? Cuando salimos no se veía nada. Era una noche oscura, sin luna, para que no nos vieran, el mar estaba tranquilo y estábamos todos tan asustados que lo único que se oía era el sonido de los remos entrando y saliendo del agua.

Eramos doce, seis hombres, cuatro mujeres y dos niños. Estuvimos remando toda la noche. Los hombres se turnaban remando y nosotras muertas de miedo y de frialdad. Lo único que atinábamos a hacer era a emburujonarnos unas con las otras y abrazar a los muchachos.

Josuel sabía algo de navegación y habiendo identificado la estrella polar mantenía la proa en esa dirección. No habíamos podido conseguir ni un compás ni un mapa del cielo. A veces de tanto mirar tan fijo a las estrellas nos encandilábamos. Eran millones y millones de estrellas las que se veían. Si no fuera que estábamos con tanto miedo, el cielo nos hubiera parecido como cubierto de brillantes.

Eso lo decía mi abuela cuando de noche en medio del apagón mirábamos a las estrellas. De vez en cuando se caía una. Cada vez que veía una estrella caer, le pedía que llegáramos con vida a Miami.

Se hizo de día y compartimos algo de lo que llevábamos de comer, pan, unos trozos de carne de puerco que habíamos cocinado, el agua y los plátanos que el hermano de Alberto le había dado. Comimos unos pedacitos para dejarle más a los muchachos.

Cuando levantó la mañana no había donde cobijarse y el sol nos empezó a quemar sin compasión. Yo estaba achicharrada y el niño tenía dolor de cabeza. Lo cubrí con

lo que pude, creo que con un trapo mojado que traíamos, entre que lo cubría y le humedecía la cabeza.

Así pasamos el primer día, con el sueño del calor y el chasquido de los remos. Ninguno decía nada, era como si estuviéramos esperando que se nos apareciera un fantasma. Se hizo de noche y nos sentimos más tranquilos, no nos habían visto salir.

Esa noche la pasamos mejor, tomamos algunos sorbos de agua y hasta se hicieron algunos cuentos. Los hombres remaban cada uno por dos horas y descansaban, y así pudimos adelantar.

El día de nuevo se portó como nuestro peor enemigo, el sol ardía pero el mar seguía tranquilo, pero por lo menos ya la guardia costera cubana no nos cogería. Ahora había que preocuparse de que no nos vieran los americanos antes de llegar a Miami, lástima que después de tantos malos ratos acabáramos devueltos a este país.

De noche se levantó una brisa que fue arreciando ya para la media noche. No avanzábamos casi nada porque entre el viento y el peso que llevábamos se hacía muy difícil remar. Además, los hombres estaban cansados y con hambre y sed. Alberto lo único que hacía era preguntarme que cómo estaba y el niño.

Amaneció lloviendo y el cielo encapotado, lo que pensamos era una bendición. Así podríamos recoger un poco de agua y no nos quemaríamos tanto. Pero de pronto arreció el tiempo y el mar se picó. El barco se movía para todos lados y nosotros aterrados, lo único que atinábamos a hacer era aguantarnos como pudiéramos para no caer al mar.

Llegó un momento en que yo sólo gemía y las lágrimas me corrían por los cachetes del miedo que sentía. El niño me dijo que rezara. Lo que le enseñé: Ángel de la Guarda dulce compañía...

El barco no resistió el embate y nos viramos. Agarrados del bote, yo amarré al niño a la llanta que traíamos. Cuando le grité a Raquel que me diera al muchacho, la vi hundirse en el mar con él. Josuel la buscaba desesperado y Alberto como loco se aferró a mí y al niño. Con el mar tan bravo, nos fuimos alejando de ellos y el barco se fue hundiendo poco a poco.

Ya no nos quedaban nada más que los remos y la llanta donde iba amarrado el niño. Nos íbamos turnando agarrándonos de la llanta para descansar, nadábamos un poco, flotábamos, nos agarrábamos el uno del otro y el último de la llanta. Alberto trataba de mantenerme a flote. Pero el cansancio nos fue venciendo, ya yo no podía más, miré la carita del niño, creo que me quedé dormida no sé, porque ya no los vi más.

Este relato está dedicado a las madres cubanas, que desespeadas, arriesgan sus vidas y las de sus hijos para vivir en libertad.